

“Una comedia romántica
endiabladamente divertida”



Cupido
es un
lobo
feroz

Chloe Santana

Buscaba al hombre perfecto... encontró al demonio de sus sueños.

¿Qué harías si necesitaras encontrar un novio para la boda de tu hermana? ¿Y si el tipo más sexy y desquiciante sobre la faz de la tierra apareciera ante tus ojos con la palabra «problemas» grabada en el *six pack*?

Dante es un demonio cansado de las brasas del infierno. Dispuesto a redimirse, decide poner todo su empeño en arreglar la vida sentimental de Alison, una patosa veterinaria con un desastroso pasado amoroso.

Alison nunca creyó que maldecir en voz alta podía resucitar a un demonio con ínfulas de Cupido. ¿Quién es ese bombón de ojos plateados y sonrisa prometedora? ¿Y por qué está tan empeñado en conseguirle un novio?

1

Mi vida y otras locuras

Puedo definir mi vida en tres simples frases:

- Un jefe explotador.
- Una desastrosa (o nula) vida sentimental.
- Un verdadero problema para mantener la boca cerrada.

Esta soy yo: Alison María del Pilar Williams León. Para mi padre, Alison Williams. Para mamá, María del Pilar León.

Y sí, ellos están divorciados y tienen un gran problema para ponerse de acuerdo sobre cualquier tema en particular.

Puedes llamarme Alison.

Durante años, mi vida ha estado dividida entre la cosmopolita ciudad de Barcelona y la canalla Nueva Orleans.

Tener dos progenitores a los que adoras, pero que viven en partes opuestas del globo terráqueo, tiene ventajas. Por ejemplo, gracias a mi madre pude estudiar veterinaria en la universidad de Barcelona, mientras me ponía morada a fideuá y me saltaba las clases para pasear por La Rambla. De mi padre he heredado la fascinación por el *Mardi Gras*^[1], el *Po'Boy*^[2] y el Barrio Francés^[3].

Cuando llegó la hora de elegir, las circunstancias me hicieron viajar a Nueva Orleans. Después de graduarme en veterinaria, y tras una infructuosa búsqueda de trabajo por mi cuenta, mi padre encontró un puesto vacante en la clínica para animales domésticos del señor Ryan, un sep-

tuagenario encantador que adoraba a cualquier ser de cuatro patas.

Sobra mencionar que yo solo tengo dos piernas...

¡Cuánto me equivoqué!

El señor Ryan parecía la viva encarnación de Papá Noel. Mejillas sonrojadas, ojillos azules ocultos bajo unas gafas redondas, y una carita rechoncha a la que te entraban ganas de achuchar, enmarcada por una espesa barba blanca que coronaba un rostro de expresión jovial y pacífica.

Jamás imaginé que fuera un verdadero cabrón.

Me paga un sueldo miserable, me obliga a hacer horas extras y me recuerda lo agradecida que debo estar por permitirme trabajar en su prestigiosa clínica veterinaria. Todo un detalle.

Pero mi vida en Nueva Orleans, ciudad en la que llevo viviendo desde hace cuatro años, no es tan mala. Tengo una amiga que está un poco loca, una compañera de piso que ha adoptado a una rata, un padre que toca el saxofón, y un inseparable amigo canino.

Oh, no.

Observo el reloj de muñeca y reprimo una mueca de espanto. Ya es la hora.

Las piernas me tiemblan con la impaciencia, sabedora de la inminencia de nuestro encuentro, y las mejillas me arden, mientras una vocecilla interior, muy sabia ella, me grita que escape.

¡Corre Alison, sálvate!

–¡Cuuuuuuuuuuchi! –me grita una voz aguda, como si alguien hubiera tragado una bocanada de helio– estás más gordita.

Abrazo a mi hermana, mientras le palmeo la espalda sin demasiada suavidad.

Pam, pam, pam.

Para que aprenda que no estoy gorda. Son músculos. ¡Músculos!

–La madre que te echó por el chichi, cuchi, ¡qué fuerte estás! –se queja mi hermana, mientras se acaricia la espalda.

–Cinturón negro de Kárate –le recuerdo, por si las moscas.

–¡Esa boca, Stella! –la sermonea mi madre.

Se quita las enormes gafas de pasta blanca, y me echa una mirada de arriba abajo. Hasta que no me ha escaneado por completo, no se acerca y me planta dos efímeros besos en cada mejilla.

–Ma... ¡Qué guapa estás, Bárbara! –la saludo.

Desde que cumplí los dieciocho años, nos prohibió llamarla “mamá”, porque según ella, aquel término la hace parecer más vieja. A sus cincuenta años, Bárbara no lleva nada bien el paso de los años.

Les echo una mirada al par de rubias oxigenadas que tengo por familia. El cabello castaño claro que todas compartimos ha sido decolorado hasta convertirse en un rubio platino. Visten sendos vestidos ajustados, y unos tacones de veinticinco centímetros con los que yo me tropezaría de solo mirarlos.

–¿Dónde está tu padre? –me pregunta mi madre, irritada al nombrarlo.

–No ha venido. Y no puedes culparlo, después de lo que le dijiste.

Mi madre pone cara de inocencia.

–¡Bobadas! Menudo dramático.

No estoy segura de que llamar a alguien: “fracasado musical” sea agradable, pero me reservo mi opinión.

Cojo la maleta de mi hermana, que pesa una tonelada, y me dirijo hacia el coche. Al observarlo, ambas sueltan un gemido de espanto que me esfuerzo en ignorar. Hasta que hablan.

–¡Qué poco te paga ese cascarrabias!

–Mamá, no empieces.

–¡Bárbara! –me corrige ella–, ¿necesitas dinero, tesoro?

–Ya sabes que no.

Ella echa una mirada desaprobatoria al vehículo.

–Pues no se nota –sentencia con retintín.

–¡Oh, cuchi! ¡Qué calor hace en Nueva Orleans! –se alborota mi hermana–, ¿iremos de tiendas?

–No sabía que ir de tiendas redujese la temperatura corporal. Había pensado en ir a tomar algo y luego dejaros en el hotel para que descanséis del viaje.

Y yo me libre de vosotras durante un ratito. Amén.

Mi hermana pone cara de disgusto.

–Deberías hacer algo por cambiar tu armario –sugiere.

Me miro los pies, vestidos con mis confortables Mustang. Llevo unos sencillos *short* vaqueros y una camiseta lisa.

–¿Qué pasa con mi ropa? –gruño.

–Tengamos la fiesta en paz –sugiere mi madre.

Stella, mi hermana, hace un mohín.

Conduzco entre las exclamaciones de mi hermana cada vez que algo le interesa, y las preguntas de mi madre acerca de cómo me va la vida. Una hora más tarde, tomamos asiento en un restaurante de comida cajún situado en Canal Street. Después de la exhaustiva revisión del menú por parte de mi madre y mi hermana, se piden sendos platos repletos de lechuga, mientras que yo me decanto por un plato de jambalaya con mucha pimienta.

El alboroto de sus voces me produce jaqueca, no obstante, trato de forzar una sonrisa y me alegro de tenerlas conmigo, pues hace cuatro meses que no nos vemos. Cuando terminamos de almorzar, mi madre llama mi atención de la forma excesiva en la que ella solo puede ser. Toca la copa de cristal con el cubierto, hasta que todos los comensales se vuelven para fijar la atención en ella, y yo miro hacia otra parte, como si no la conociera.

–María del Pilar, tu hermana tiene algo que anunciarte
–me dice, con tono profundo y teatral.

–Alison –la corrijo.

–¡Cómo sea! Stella, querida, haz los honores.

Mi hermana da varias palmaditas de entusiasmo, y nos coge las manos, como si fuéramos un grupo de *hippies* sentados en el césped que cantan una canción de la Kelly Family. Yo sofoco una risilla.

–¿Vamos a rezar? –bromeo.

–Alison María del Pilar, eres igual de bruta que tu padre –se ofende mamá.

Solo me llama por mi nombre completo cuando la enfado.

–Cuchi –mi hermana me mira emocionada–. ¡Me voy a casar!

El grito de emoción inunda el ambiente, y las personas, contagiadas por el espíritu fiestero del próximo *Mardi Gras*, aplauden y vitorean la palabra boda, mientras mi hermana se deshace en lágrimas de emoción que me dejan anonada.

–¿Con *el patillas*? –pregunto asombrada.

–¡No lo llares así!

Baldomero Escandón, alias *el patillas*, tal y como yo lo he bautizado, es un licenciado en derecho, amante de la tauromaquia y con un anticuado sentido de la moda capilar. Todo un partidazo.

–Muestra un poco de entusiasmo por la boda de tu hermana –me susurra mi madre al oído, mientras me pellizca el brazo y me hace retorcerme de dolor.

–Pero si solo lleváis seis meses saliendo... –no salgo de mi asombro.

Mi hermana me echa una mirada lastimera.

–Cuchipú, sabía que tú no lo entenderías. Cuando el amor llega, todo lo demás carece de importancia. Si es el hombre adecuado, lo sabes sin más. ¡Y yo lo sé! Por su-

puesto que lo sé –exclama, alzando la palma de la mano y luciendo orgullosa el enorme diamante en su dedo anular.

Si vuelve a llamarme cuchipú, me corto las venas con el cuchillo.

–Su cuenta corriente sí que la tiene –siseo por lo bajito.

–¡Cuchi, eres demasiado ruin! –me grita Stella.

Mi madre pone paz a la tertulia. O lo intenta.

–Está celosa. Nunca conseguirá un hombre como Baldomero.

Esbozo una amplia sonrisa, mientras alzo la copa y brindo por la inminente boda de mi hermana.

–¡Dios me libre!

Tras el inesperado anuncio de la boda de mi hermana, las llevo al hotel para que descansen. Para que descansen, y para que yo pueda librarme de ellas, porque unas horas con mi familia suponen toda una guerra de opiniones. Ellas opinan sobre mi vida, y yo disiento. No obstante, mi intención de volver a mi apartamento compartido y pasar el resto del día con una cerveza fresquita y los pies en el porche se va al traste cuando exponen su intención de que les enseñe la ciudad. El par de rubias llega cambiada de ropa. Sendos vestidos floreados y sandalias atadas al tobillo.

–¿Os habéis cambiado de ropa? –pregunto anonada.

–¡Huy, cuchi, qué cosas tienes! No creerías que íbamos a salir a la calle con la misma ropa del viaje –se ríe, como si fuera tan obvio.

Automáticamente, pienso en las dos semanas que me esperan al lado de Telma y Louise. Cálmate, solo serán dos semanas. Me empieza a entrar un picor nervioso por todo el cuerpo. ¡Dos semanas!

Mátame camión.

2

El infierno de Dante

Dante

Hubo un tiempo en el que el infierno me agradaba. Para ser honesto, el infierno era un lugar con gran atractivo: no había hora de queda, encontrabas mujeres siempre dispuestas a satisfacerte, y la inmortalidad suponía grandes ahorros en crema antiarrugas. Todo ventajas.

Pero cuando te acuestas con la mujer equivocada, eso puede entrañar ciertas desventajas insalvables. Por ejemplo, que su novio, Rodolfo Scarface, un exboxeador venido a menos que trapicheaba en sus ratos libres, quiera partirti la cara cuando te tiene cerca. O que mi archienemigo, Atila (y sí, estamos hablando de la misma persona), quiera ayudar en la causa de destrozarme mi querido rostro.

Así que aquí estoy, en la sala de contratación infernal. Planta tercera, con vistas al patio de Satán. Mi intención: no renovar mi contrato temporal como personal laboral al servicio del infierno, consiguiendo las almas más jugosas y puritanas de un lugar llamado Tierra. Porque los contratos con el infierno son como la permanencia con tu odiosa compañía de telefonía móvil. Caducan en un determinado momento, pero si no te das prisa en anularlos, lo renuevan en honor a una estúpida cláusula de letra pequeña que no te esforzaste en leer en su momento.

A decir verdad, quinientos años al servicio del infierno me han enseñado varias cosas: rodéate de las personas

adecuadas, sé sutil en tus intenciones y nunca te metas con el tipo equivocado. Yo las olvidé todas el día que me acosté con Lupita, una preciosa morena de curvas escandalosas y risa estridente. Lupita había sido empleada de servicio doméstico en una de las mansiones más ostentosas de la costa de Malibú. Avariciosa como ella sola, había seducido al señor de la casa y este se había divorciado de su quinta esposa, una señora que no dudó en vengarse de Lupita arrojándola de la terraza de un restaurante, mientras ella degustaba una jugosa langosta, último manjar que probaría antes de pasar a mejor vida cuando el crustáceo le atravesó la tráquea.

Lupita tenía un marcado pasado como roba maridos millonarios. La sentencia: toda la eternidad condenada al infierno.

Con aquel cuerpo de pecado, no tardó en granjearse amistades masculinas que la elevaron de las entrañas del infierno a la sala vip de los seres infernales. Allí fue donde me fijé en Lupita, de la que me cansé tras varios revolcones furtivos mientras su fortachón novio miraba hacia otra parte. Jamás pensé que Lupita tuviera en tan poca estima mi vida y que, tras haberla dejado, le fuera con el cuento a su novio de que yo la había seducido con mis viles artes amatorias de libertino consumado.

Mujeres...

—¡Dante, qué agradable sorpresa! ¿Vienes a renovar tu contrato? —me pregunta Jeni, la agradable recepcionista de la sala de contratación.

—Más bien al contrario —le digo, sin perder la sonrisa.

Jeni se lleva las manos a la boca abierta, y suelta un gritito histérico que me pone los pelos de punta. ¿En qué momento pude ver atractiva a Jeni como para tirármela sobre el escritorio de la recepción? Ah, sí, en el momento en el que me fijé en su gran escote.

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué? —exige saber, todavía incrédula.

Explicarle a la inocente Jeni, que murió siendo una colegiala al propiciarle un infarto al anciano profesor de matemáticas mientras le limpiaba el sable, la razón oculta y principal por la que he decidido darme de baja indefinida, escaparía de su... interesante intelecto.

–Demasiado tiempo trabajando. Necesito cambiar de aires.

Jeni se muerde el labio, en un patético gesto que trata de resultar atractivo.

–¿Vendrás a verme? –hace un puchero.

–Jeni, no podré volver al infierno. Pero siempre te llevaré en el corazón.

Me llevo la mano al pecho, soltando un juramento. Total, mi alma ya está condenada.

Camino presuroso hacia el despacho del director de contratación, y me salto la cola de espera, granjeándome las maldiciones de mis compañeros infernales. Cuando llego a la puerta, entro sin llamar y me siento en la silla, justo en frente de Caronte. Todos piensas que Caronte es el barquero del infierno, a quien se paga un óbolo^[4] por cruzar el Aqueronte para acceder al infierno. En realidad, la leyenda no es muy equívoca al respecto. Caronte es un funcionario corrupto, que en vez de trabajar en el río, lo hace en un despacho con aire acondicionado, y quien cobra una jugosa prima por sus servicios, dejando en medio de nada a quienes no pueden pagar por sus servicios. Te aseguro que el lugar por el que vagan las almas que no pueden costearse el paso al infierno es mucho peor que este.

–Te estaba esperando –me saluda su vocecilla rasposa.

Caronte es un anciano enjuto, de ojos hundidos, pequeños y vivaces, como los de una rata. De escaso pelo blanco y alborotado, y rostro cuarteado, como el de la tierra seca. Su aspecto deplorable no me engaña, pues sé que tras la desgastada imagen, se encuentra un hombre de brillante intelecto.

–¿Cuánto me costará? –le pregunto directamente, sin irme por las ramas.

–Nunca pensé que un tipo como tú quisiera escapar de un lugar como este. Parece apropiado para la gente de tu calaña.

–La gente de mi calaña ni siquiera quiere estar con la gente de tu calaña –le digo, sin perder la sonrisa.

–¿Le tienes miedo a Scarface?

–Por supuesto –le miento.

No voy a explicarle a Caronte los verdaderos motivos por los que quiero escapar del infierno. Si los supiera, pondría demasiados impedimentos para que me marchase. Así son los seres infernales. Despreciables e interesados. Y yo soy uno de ellos.

–No me estás contando toda la verdad –se detiene a estudiar mi expresión–, jamás huirías por un amante desechado. Eso es de cobardes. ¿Es el famoso Dante un cobarde? No lo creo.

–No estás aquí para decirme quien soy –gruño.

–Puede ser –el anciano muestra una sonrisa siniestra–, ¿sabes por qué fui contratado para este puesto? Porque no dejo escapar a cualquiera. Si sales del infierno, debes aportar algo a la tierra. Yo creo que tú aportas demasiado al infierno como para dejarte escapar.

Se levanta de su asiento, con su espalda encorvada y el andar pesadoso. Rebusca en el archivo de personal laboral, en la letra D, y saca mi expediente. Lo ojea, asintiendo en varias ocasiones, pero sin una expresión clara en el rostro.

–Una media de quinientas almas por año, lo cual quiere decir que cada día, obtienes para el infierno más de un alma. Eres el demonio con mejor media de tu promoción, y te encuentras en los primeros puestos de la clasificación.

Impresionante.

–Lo sé.

–¿A qué se debe tu buena reputación?

–Sé darle a la gente lo que quiere –le explico.

Caronte se rasca la barbilla.

–Tú y yo nos parecemos más de lo que crees.

Le echo una mirada a su aspecto.

–Lo dudo –le digo sinceramente.

–Sé ver un buen objetivo cuando lo tengo delante, al igual que tú. Lo que quiero decir es que no te voy a dejar escapar tan fácilmente.

Empiezo a tensarme sobre mi asiento. El viejo me lo está poniendo difícil.

–¿Cuánto quieres por dejarme marchar? –le pregunto.

Hace un gesto vago con la mano.

–No se trata de eso. Tengo más dinero del que puedo gastar, y a mi edad, eso empieza a ser aburrido. Si te dejara marchar, mis superiores se enfadarían. Además, ¿qué hay de bueno en ti para regresar a la tierra?

–¿Qué hay de bueno en la mayoría de humanos? –replico.

–Nada en absoluto. Pero ellos tienen la oportunidad de vivir. Igual que tú la tuviste.

–Sabes que no puedes mantenerme aquí. La duración de mi contrato ha expirado.

Caronte gira el contrato y lo señala, y esboza una sonrisa tan siniestra que sé, a partir de ese momento, que las cosas se van a complicar. Mucho.

–En realidad, sí que puedo hacerlo. Cláusula mil doscientos cincuenta y siete, apartado segundo, párrafo tres, tercera línea.

Dirijo mis ojos hacia la puñetera cláusula, y conforme la voy leyendo, me vuelvo negro por dentro.

«La duración del contrato será de un tiempo humano de quinientos años, tras los cuales, la relación laboral entre la sociedad del infierno y el contratado quedará disuelta. Para ello, el contratado deberá demostrar que es apto para la reinserción en la vida humana. Dicha prueba de aptitud tendrá la forma y la duración estipulada por el funcionario al

servicio, que podrá decidir de acuerdo con lo mejor para el contratado, la humanidad y el infierno».

Caronte se cruje los dedos.

–El funcionario soy yo –se ríe.

Joder.

–¿Qué es lo que tengo que hacer? –le pregunto, mosqueado por no haber leído la puñetera cláusula en su momento.

–Tengo entendido que eres un consumado Casanova. Lo miro a la cara.

–¿Alguna fulana que no te haga caso? –adivino.

–Qué básico eres –señala de manera despectiva–, para una persona como tú, que se ha aprovechado del corazón frágil de la mujer durante todos estos años, parece apropiado que la prueba de aptitud sea...

–¿Sea? –necesito saber.

–Conocer el amor verdadero.

Me río muy alto.

–Conocer el amor verdadero –repito.

–Sí, ¿algún problema con ello?

Me lo pienso, y trato de buscar una salida rápida. Mi mente despierta la encuentra en milésimas de segundo.

–¿En la forma que yo desee?

–Cierto.

–Lo quiero por escrito.

Caronte redacta el contrato, y antes de firmarlo, esta vez, lo leo detenidamente. La duración es de 60 días, por lo que si en esos días no he conseguido mi objetivo, mi destino será el infierno.

Un momento. Un punto subrayado en negrita me quema las entrañas.

–Abstinencia sexual durante 30 días –leo anonadado.

Empiezo a sentir sudores y escalofríos.

–Durante treinta días. Agradece que no haya decidido que sean 60 días.

Arrugada pasa con el corazón de un cacahuete...

Se lo devuelvo firmado.

–Será un placer conocer el amor verdadero –me burlo.

–No lo conseguirás. Jamás te enamorarás –me aclara Caronte, satisfecho de saberse ganador.

–¿Enamorarme? –cojo el pomo de la puerta, y esbozo una amplia sonrisa–, voy a conocer el amor verdadero, y lo haré a través de alguna desdichada alma humana que no tenga suerte en el amor.

La sonrisa de Caronte se desvanece.

–Eso no es...

–Justo. Lo sé. Pero esta vez, leí el contrato. Conocer el amor verdadero no implica enamorarse.

Caronte no tiene nada que objetar, y comienza a maldecir en voz alta.

–No te lo pondré fácil –amenaza.

–Entonces será más divertido.

Cuando salgo del despacho de Caronte, dejo al viejo maldiciendo en voz alta y regreso a mi habitación. Necesito tiempo para aclarar mis ideas y buscar un objetivo sobre el que poner todo mi buen empeño.

De camino, me encuentro con una pareja de diablas divirtiéndose. Una de ellas tiene la cabeza metida entre las piernas de la otra. Ni siquiera observo la escena al pasar por el lado, demasiado concentrado en mi único propósito: conocer el amor verdadero.

–¿Dante, o debería llamarte Cupido?

Deborah, mi compañera de trabajo durante los últimos cien años, está esperando en la entrada de mi habitación.

–Qué rápido vuelan las noticias.

Ella asiente.

–Mucha suerte con ello, la vas a necesitar –me palmea el hombro.

–Lo dudo.

Cuando voy a entrar a la habitación, Deborah me detiene con una mano en el hombro.